

JOSE MARTI

por Manuel Rojas

José Martí nace en La Habana el 28 de enero de 1853, hijo de Mariano Martí y de Leonor Pérez. El padre, valenciano, llegó a Cuba hacia 1850, sargento primero de la primera brigada del regimiento de artillería destinado a esa plaza. La madre era, al parecer, criolla, hija de una familia modesta.

José Martí estudia en su ciudad natal, primero en una escuela de barrio y luego en la Escuela Superior de Varones, dirigida por don Rafael María de Mendive, poeta, periodista, educador y gran animador de la cultura cubana. Un año después, asombrado por la inteligencia y rápidos progresos del chico —que a los trece años le sirve de amanuense, asiste a su tertulia e intenta traducir el *Hamlet*—, Mendive propone a los padres matricularlo en el Instituto de La Habana. Hará allí sus estudios secundarios; él correrá con la matrícula. Don Mariano, que anda siempre de Heródes a Pilatos, hoy con un buen empleo, mañana en la inopia, con siete hijos además, acepta.

Martí es un alumno brillante. Aprueba exámenes, gana cursos, obtiene premios. Asiste a la escuela de Mendive y prepara al mismo tiempo las asignaturas del segundo curso del Instituto. Hace de secretario de Mendive y se ocupa, durante las ausencias del director, de que todo ande bien, desde los bancos y las carpetas hasta los recibos de dinero. Si don Rafael necesita auxiliar a algún amigo en desgracia —poeta casi siempre— es Martí quien parte hacia el monte de piedad con el reloj del director y quien regresa con un recibo y unas onzas. Así llega a su tercer año de estudios secundarios.

El 10 de octubre de 1868 Carlos Manuel de Céspedes lanza su grito de rebelión en Yara; dispara unos tiros, se apodera de Santiago y proclama la república. Todo ocurre muy lejos, en el oriente de Cuba, pero repercute fuerte y nítidamente en La Habana y trae consecuencias: un joven es muerto en la calle de Amistad por un oficial del ejército español; hay manifestaciones públicas, tiros aislados, hoy cae un soldado, mañana un civil. Martí está en todo y contribuye con un periódico, *La Patria Libre*, semanario democrático-cosmopolita. Publica un único número. Tiene diecisiete años.

El 22 de enero de 1869 un grupo de enemigos de la independencia de Cuba asalta a tiros un teatro en el que se celebra una función que ellos suponen tiene por objeto reunir fondos para ayudar a Céspedes. Vienen días de terror. Mendive es detenido y desterrado a España. Martí queda como un huérfano; no estudia, está desorientado, conspira; el padre le busca trabajo: dependiente en un almacén, en el que trabaja desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche por un salario de cuatro onzas y media. Escribe a Mendive: "Le confieso que sólo la esperanza de volver a verle me ha impedido matarme."

Este año de 1869 es decisivo para su vida. Dos amigos suyos son detenidos y en casa de ellos se recoge una carta que lleva su firma; es detenido también, juzgado con sus amigos y condenado a seis años de presidio. Ante el tribunal que le condena pronuncia su primer discurso político; en él reprocha a España su régimen y proclama el derecho de los cubanos a la independencia. Se le traslada a la Fortaleza de La Cabaña, lugar de trabajos forzados, en el que permanece hasta que un amigo de su padre logra que sea enviado a Isla de Pinos, en donde se rehace, escribe, lee, piensa. Su ilusión es salir de Cuba, ir a España a reunirse con su maestro y protector, Mendive. El amigo de su padre lo consigue también y José Martí, el 15 de enero de 1871, embarca para España. Lleva terribles recuerdos morales y físicos del presidio. Al ser presentado a alguien, le dice: "Usted no me conoce. Es preciso que antes de darme su mano piense si es digno de estrecharla un hombre ultrajado que aún no ha recibido satisfacción a su decoro." Y abriéndose la camisa, le muestra las cicatrices del presidio.

En Madrid publica *El presidio político en Cuba*, escribe artículos y poemas y estudia. Durante el tiempo que permanece allí vive de lo que le producen algunas clases que da a niños de familias conocidas. Pasa estrecheces, enferma, a veces desfallece, pero se sostiene; tiene amigos que a veces pueden ayudarle; otras, no. Va a Zaragoza y asiste allí al levantamiento de los republicanos españoles, que es sofocado. Da en esa ciudad sus exámenes de grado, obtiene certificados de sus estudios —no tiene dinero para pagar los títulos— y vuelve a Madrid y sale, en diciembre de 1874, hacia París; allí permanece unos pocos días, embarcándose luego en Southampton con rumbo a México. Llega a Veracruz el 8 de febrero de 1875. En la ciudad de México se reúne con su familia. Ya está de nuevo en América.

Durante todos esos años Cuba ha seguido ensangrentándose. Ha habido innumerables ejecuciones, fusilamientos, persecuciones, deportaciones y todo ello repercute fuerte y dolorosamente en el espíritu de Martí.

Desde su llegada a México la vida de Martí se convierte en una precipitada y angustiada carrera hacia el sacrificio. De México va a Cuba y regresa a México; visita Guatemala, vuelve a México; allí se casa; vuelve a Guatemala, va a Honduras, visita nuevamente Cuba y sale de allí, desterrado, hacia España; sigue a Francia, llega a Nueva York; sale para Venezuela, regresa a Nueva York; va a Tampa, vuelve a Nueva York; va a Key West; vuelve a Tampa y viaja por La Florida en misión de propaganda; visita Filadelfia; sale para Santo Domingo, va a Haití, a Jamaica, a Nueva York; vuelve a Tampa y a Key West; viaja de nuevo por La Florida; regresa a Nueva York; va de nuevo a Santo Domingo; va a Costa Rica, a Panamá, otra vez a La Florida, y así, hasta el 19 de mayo de 1895, en que muere en la acción de Dos Ríos, en Cuba. Todo esto en veinte años, durante los cuales escribe, hace traducciones, habla en conferencias y mítines, discute, conspira, sufre, ama, odia, llora y sueña con la libertad de Cuba. Los negros tabaqueros de La Florida lo adoran y los viejos revolucionarios cubanos, reticentes al principio, concluyen por amarlo como a un hijo. Trabaja de noche y de día, urde, da órdenes, se afana, expone su vida y su libertad, mendiga, su-

plica. Al dirigirse a un rico cubano pidiéndole dinero para la revolución, le dice:

“Todo minuto me es preciso para ajustar la obra de fuera con la del país. ¿Y me habré de echar por esas calles despedazado y con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando usted, con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura y de encubrir, con mi serenidad, mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación; y usted, que lo ve todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me ve padecer, ¿me dará estos momentos —acaso los últimos de mi vida— de gloria y de respiro, o me dejará solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su patria, suplicando en vano, lamiendo la tierra lo mismo que un perro?”

En ocasiones el cansancio le baja las manos y le entristece el alma. Sus manos, que ya echan de menos armas más pesadas con que defender a Cuba, rechazan la pluma. Otras veces la visión de su muerte le asalta. Dice:

“Mi porvenir es como la luz del carbón blanco, que se quema él para iluminar alrededor. Siento que jamás acabarán mis luchas. El hombre íntimo está muerto y fuera de toda resurrección, que sería el hogar franco y para mí imposible, donde está la única dicha humana, o la raíz de todas las dichas. Pero el hombre vigilante y compasivo está aún vivo en mí, como un esqueleto que se hubiese salido de su sepultura; y sé que no le esperan más que combates y dolores en la contienda de los hombres, a que es preciso entrar para consolarlos y mejorarlos... La muerte o el aislamiento serán mi único premio”.

Sin embargo, por donde pasa deja alegrías y esperanzas, levanta a los abatidos, anima a los reacios. Días antes de morir confiesa a sus amigos que es la primera vez que se siente hombre después de haber vivido años y años avergonzado, arrastrando las cadenas de su patria: “Me siento puro y leve y siento en mí algo como la paz de un niño”.

Hay en su personalidad un enorme encanto, constituido principalmente por su carácter de hombre espiritual, es decir, de

hombre que se ganó la humilde y noble vida con medios espirituales, que combatió con armas de la misma índole y que al morir entregó a la causa de la libertad de Cuba una fuerza espiritual invencible. Tomó parte en una sola batalla y en ella murió; no fué mariscal, no fué almirante, no fué presidente. Le bastó ser hombre.

Su figura es única en las Américas; en él se reúnen y combinan dotes que rara vez o nunca se reunieron y combinaron en los demás libertadores de nuestras repúblicas. Y esas dotes eran valiosas. Martí, como escritor y como pensador, como político y como hombre de acción, tiene una densidad que el tiempo no ha hecho más que poner de relieve. Conociéndolo, asombra su irradiación. Es un hombre que reúne a varios hombres; es un continente con varios y valiosos contenidos.

Al rendirle en estas páginas el homenaje que se merece en el primer centenario de su nacimiento, los *Anales de la Universidad de Chile* quieren mostrar a los hombres de esta época la figura de uno que lo será de todas y para siempre.